

El caso de México

A pesar de su desarrollo material y de sus progresos en todo orden, la América Latina no sugiere hoy reflexiones optimistas. De las veinte repúblicas independientes que la forman, seis son en realidad—según lo acaba de declarar tranquilamente el

los Estados Unidos. Ahora acababa de solucionar esa grave dificultad y entraba a pie firme en su vía normal, con gloria y prestigio espléndidos, cuando una nueva guerra amenaza perturbarlo todo y abre de nuevo la serie de calamidades para México.

La enfermedad de nuestro continente es la política personalista, el politiquero con nombre propio, que busca medios de imponerse, que se coloca por encima de los intereses nacionales y lleva al gobierno de los pueblos los peores sentimientos de pasión personal. Carranza, que fué un grande hombre, de grandeza efectiva, no logró librarse de esa pasión, y su empeño en imponer el nombre de quien había de sucederle le llevó a un oscuro sacrificio. Obregón, a despecho de sus generosas declaraciones, parece haber incurrido en el mismo error, y hoy la suerte de ese pueblo, que debería ser resuelta por la voluntad ciudadana, está en manos de los militares políticos, que son otra estupenda calamidad de la raza. No habrá un solo hispano-americano que no deplora con todo el corazón esta nueva desventura caída sobre la noble tierra de Juárez, cuya grandeza es orgullo para todos, y que no logra curarse del mal tremendo de las revoluciones.

En el fondo de estos grandes males está el problema electoral, el sistema de constituir los poderes públicos, que nuestra raza no ha podido resolver todavía. Con una o dos excepciones, a lo largo de todo el continente latino las elecciones son una gran farsa, con apariencias de legalidad y que da origen a todos los atropellos, farsa que todos los patriotas capaces de ver a lo lejos deberían esforzarse en corregir.

Como el sistema de consultar a la opinión pública y acatar su fallo—ese sistema que practica Inglaterra en forma tan pura y admirable—no existe entre nosotros sino de nombre, viene el politiquero, el caudillaje, la apelación a las armas, la imposición de las tropas, la

falsificación en grande escala del sufragio: todo lo que quita grandeza y seriedad a nuestras democracias y las hace inestables e infecundas. Y de ahí que así como Turquía fué por tantos años «el hombre enfermo de Oriente», nuestras veinte repúblicas sean el continente convulso, en el cual apenas van delineándose rincones de seriedad política y de práctico republicanismo.

¿Somos uno de esos rincones? En parte sí, por la libertad política de que gozamos, por el hecho de que no haya un solo colombiano en el destierro, ni uno sólo en la cárcel por meros delitos políticos, ni esté la prensa sujeta al gobierno, ni exista traba alguna para la propaganda de los partidos, ni oscurezca nuestro cielo la sombra de un gobierno dictatorial; por el hecho de que la paz pública, decretada hace veintidós años, sea ya una conquista indestructible. Pero en cambio, nuestras prácticas electorales son quizá de lo peor que existe en el mundo, y el sufragio es para el pueblo de Colombia un engaño perfecto. Vivimos bajo el régimen del voto falso, a merced de tres docenas de caciques de todos colores, que falsifican a su amaño lo que llamamos pomposamente el veredicto de las urnas.

Y eso constituye para Colombia un peligro enorme, y falsea por su base todo el edificio de nuestra nacionalidad. Ese sufragio de mentirijillas ha ido quitando toda respetabilidad a nuestros cuerpos colegiados, ha puesto en cuanto tiene su origen en las urnas un sello de ilegitimidad, ha acabado con el espíritu público, y si no ha acabado también con la paz es debido a la cordura de nuestro pueblo, que en-



—¡Algame!... ¡Ya se me están saliendo del guacal!...

(Excelsior, México, D. F.)

POT GARCÍA CABRAL.

profesor Bushnell Hart—protectorados yanquis, y la mitad de las restantes atraviesan crisis gravísimas, de caracteres lamentables.

Florecen hoy las dictaduras en forma múltiple; dictadura feroz y abominable en Venezuela: severa e intransigente en Bolivia y en Guatemala; hábil y tenaz, aunque no cruel, en el Perú. En ninguno de esos países existen ni la libertad política ni el orden constitucional, y lejos de sus fronteras innumerables nacionales de esos países conspiran y protestan, sin que pueda decirse que exista en ninguno de ellos una paz estable y justificada.

El Paraguay acaba de salir de una larga y sangrienta revolución, y en varios países de Centro América apenas se calma el ardor bélico de los últimos debates electorales.

En el norte, la revolución que acaba de estallar en México es un suceso infausto que vuelve a exponer a los peores peligros la suerte de ese pueblo maravilloso de tan formidable vitalidad. Logró él sobreponerse a los estragos de diez años de guerra civil, y pasó sus tres primeros años de paz en circunstancias anómalas, con un gobierno no reconocido por varias de las grandes potencias y hostilizado por



EMPRESARIO.—Arreglados. ¿Con qué obra quiere usted debutar?

ACTRIZ.—Con la *Revoltoza*.

(Excelsior, México, D. F.)

POT GARCÍA CABRAL.